

Martes 18 Sept/90

González Guevara Renuncia

Miguel Angel Granados Chapa

Con pragmatismo brutal, Stalin preguntó al enterarse de una reprobación pontificia a un acto guerrero, cuántas divisiones mandaba el papa. Con ánimo semejante, no faltará quién se interroge, para medir la importancia de la renuncia de don Rodolfo González Guevara al PRI, cuántos militantes adoptarán la misma posición, cuántos votos menos tendrá ese partido. Y probablemente la respuesta deje tranquilos a quienes no ven más allá de su nariz.

Porque así como no ha sido masivo el éxito de la Corriente Crítica, ni su ausencia en la Decimocuarta Asamblea Nacional priista fue de advertirse, es probable que la voz de González Guevara sea la de un profeta que clama en el desierto. Por lo pronto, sus propios compañeros han resuelto continuar en su esfuerzo de democratizar desde dentro a ese partido.

Pero el valor político y moral de la renuncia de González Guevara no se mide por sus efectos cuantitativos. Su verdadero impacto se conocerá sólo de modo indirecto, en el desaliento de quienes todavía perseveran en favorecer expresiones democráticas dentro del PRI. Lo que vale en la actitud de González Guevara es el enjuiciamiento severo, extremo, al que somete al partido en que militó durante más de cuatro décadas.

UNA VERDADERA MUTILACIÓN

Si cabe decirlo, en términos estrictamente partidarios, es de mayor relevancia el retiro de don Rodolfo que el protagonizado por Cuauhtémoc Cárdenas y Porfirio Muñoz Ledo en 1987. Su presencia dentro del partido, los servicios que le prestó, su identificación con hábitos y metas de ese organismo hacen que su desprendimiento sea una verdadera mutilación.

Cárdenas había ingresado al PRI 20 años antes de su separación, y había sido electo senador y gobernador postulado por ese partido. Pero no tenía compenetración con ese partido, como tampoco la tenía Porfirio Muñoz Ledo, a pesar de que hubiera llegado a presidirlo. Ya se sabe que su designación para ese cargo fue resultado de una súbita decisión de Echeverría, para compensarlo por no haberlo escogido como sucesor. Pero antes de subir así por el elevador, Muñoz Ledo había pertenecido periféricamente, muy por encima, a ese partido.

En cambio, González Guevara perteneció a la burocracia interna, y a los altos cargos priistas, y conoció al detalle los procedimientos mediante los cuales ese partido se vincula con la gente y aquellos por medio de los cuales traiciona el interés de esa propia gente. Es verdad que su arribo a la organización obedeció no a un convencimiento ideológico, pues llegó al PRI en el momento

de su fundación, es decir, en el momento en que el Partido de la Revolución Mexicana se convertía al alemanismo, es decir a la modernidad de los años cuarenta. Pero también es cierto que González Guevara abrazó la causa del priismo con entera fidelidad y plena entrega.

SUPO EVITAR LA ALQUIMIA

Así se explica que haya permanecido 10 años al frente del Comité Directivo en el Distrito Federal, bajo tres diversos -y muy diversos- presidentes nacionales del PRI, y en dos periodos presidenciales. Lo impulsó al cargo Ruiz Cortines, quien directamente le ofreció su apoyo cuando por primera vez entró don Rodolfo en colisión con los intereses sectoriales. Es que dos años apenas después de su designación como líder priista en el Distrito Federal, en las elecciones legislativas de 1955, las primeras después del auge del henriquismo, que había puesto temor en el ánimo de los fundamentalistas, González Guevara reconoció muy rápidamente, para evitar que la alquimia surtiera sus efectos, triunfos penistas en varios distritos de la capital. Los sectores se incomodaron con él, emprendieron una fuerte campaña en su contra y anunciaron su pronta destitución. Sólo el apoyo presidencial lo sostuvo en el cargo, pero de seguro él hubiera deseado que la causa de esa decisión fuese la fuerza misma del partido. En esos mismos años se manifestaba ya por la democratización.

La estructura partidista del PRI en el Distrito Federal se ha transformado desde entonces. En aquella época las organizaciones populares eran su principal componente y sin embargo, por la tradición de las posiciones, cetemistas y cenecistas recibían una cuota de poder, consistente en curules sobre todo. Eso condujo a González Guevara a medir de cerca el grado en que esos corsés impuestos por los sectores dificultan o de plano impiden la expresión de los ciudadanos.

LA ALTURA DE SU MILITANCIA

Aunque permaneciera poco tiempo como secretario general del Comité Ejecutivo Nacional, luego de su estancia en el comité capitalino, esa posición ofreció una nueva perspectiva sobre el trabajo partidista a don Rodolfo. Todavía más adelante trabajó para el PRI como delegado, y como director del Centro de Estudios Políticos, Económicos y Sociales en la capital. Su aliento a la Corriente Democratizadora inicial, y su liderazgo en la Corriente Crítica fueron, en fin, servicios que también propuso a su partido.

Ese es el militante que se va, porque estima que el partido ya no está a la altura de su militancia. Disminuya quien pueda la importancia de este revés priista.